

«TANTO MONTA, MONTA TANTO»

Al modo antiguo, tríptico de sonetos

«En el V centenario de su glorioso reinado, a los Reyes Católicos».

IDILICO abril, encanto
tanto,
que al cielo azul se remonta,
monta,
para entonar este canto:
«Monta tanto...»

Heraldo de paz y manto
que cobija toda hazaña,
por eso es lema de España:
«Tanto monta, monta tanto.»

I

« T A N T O »

TANTO amor, que rebosa insatisfecho,
buscando un amplio cauce a su secreto.
Tanto amor recatado, fiel, discreto,
que no cabe en lo interior del pecho.

Por eso nuestra reina, dióle un lecho
de esmeraldas espumas, donde neto
llegasen, por su luz, a lo indiscreto
de un país aborígen, aún no hecho.

Aún no abierto a la ambición ambigua,
ni al desgaire feroz de la porfía,
Tierra de paz, con su esperanza antigua,

dormida en el milenio floreciente...
sin saber que una dama le ponía,
un beso maternal sobre su frente.

IDILICO abril, encanto
tanto,
que al cielo azul se remonta,
monta,
para entonar este canto:
«Monta tanto...»

Heraldo de paz y manto
que cobija toda hazaña,
por eso es lema de España:
«Tanto monta, monta tanto.»

II

« M O N T A »

MONTA Fernando su corcel airoso
y llega hasta las puertas de Granada.
Isabel va detrás, con la mirada
y el corazón, pendiente del esposo.

La morisca ciudad, paraíso hermoso,
sultana del Edén—ya destronada—
se rinde muy sumisa a la mirada
augusta y el regio gesto victorioso.

El arábigo rey, feroz guerrero,
vencedor impasible en cien celadas,
ciñe el gesto valiente, fiel, austero...

Y contempla el paisaje muy sumiso,
cuando el llanto le nubla la mirada
mientras dice: «Os entrego un paraíso.»

IDILICO abril, encanto
tanto,
que al cielo azul se remonta,
monta,
para entonar este canto:
«Monta tanto...»

Heraldo de paz y manto
que cobija toda hazaña,
por eso es lema de España:
«Tanto monta, monta tanto.»

III

«MONTA TANTO»

«MONTA TANTO, Isabel como Fernando.»
Nunca estuvo la frase más segura,
ni nunca fué la dicha más ventura
que esta que el regío amor va derramando.

Victorias por doquier, van otorgando,
y en un fiel regular, «noble bravura»
contrasta con la «gracia y hermosura»
y en un verso de amor, viven rimando.

Isabel y Fernando. Igual destino.
Fernando e Isabel, lazos que ataron
en noble comunión, paz y campaña.

Heraldos de una luz y de un camino,
que como amantes hijos, conquistaron
un nuevo mundo a la ilusión de España.

FAUSTO BOTELLO DE LAS HERAS

ANDAR Y ESCRIBIR

RECUERDO DE JÁVEA

Yo soy de tierras adentro, nacido entre pegujales castellanos, y quizá por ese ensueño sediento de mar que abrasa a Castilla, tengo este modo sensual de amar las tierras del litoral levantino. Yo amo los pueblos de la costa, los de la Marina, entendida así desde Oliva hasta Villajoyosa. Entre todos esos pueblos hay uno, señero, que se levanta en mis recuerdos de hombre castellano: Jávea.

En mis efusiones sentimentales de hombre de la meseta, me distingue el recuerdo de mis veranos de Jávea. Aquí vengo, ya avanzado Junio, todos los años, y dejo la costa mediterránea cuando se inician los primeros vientos impetuosos de Octubre, que agitan con violencia las arboledas de estos valles. Cuando llego, y durante varios días, tengo la sensación exacta, viva, de que el mar me espera. La vida suele dársenos a los hombres contemplativos en forma de diálogo. Nuestro Yo no es más que un diálogo entablado con las cosas, del que nace la existencia de ellas mismas.

El mar espera en un inmenso compás azul. Dejamos el diálogo ayer y hoy volvemos a reanudarlo. Musitan los árboles, las altas palmeras, y brincan en el azul unos rizos de nieve, que me traen largos ensueños de no sé que lejanía.

Conozco villas y ciudades de la Marina, como Oliva, Denia, Ondara, entre vergeles; y Calpe, Altea, Benidor y Villajoyosa, tan marineras; pero ninguna con tantos encantos, para mí, como Jávea, a la que no vacilo en calificar de romántica. Los demás pueblos afloran en un suave clasicismo, con sus verdes, o los jaspes y los oros de sus rocas. No tienen el patetismo que invita al ensueño. Y a mí me gustan las villas románticas que se levantan al lado del mar.

Lo que me entusiasma sobre todo es esta luz que se cierne finísima y deslumbradora sobre los pueblos. La luz de Ondara, de Denia, de Jávea... ¡Quién encerrara en palabras esta luz!

Junto a esa sensualidad de la luz, y ese vivir de los sentidos, trasmana aquí la naturaleza, siempre encuentro a Jávea sumida en su pretérito sueño. Ni industriosa, ni alegre, ni movida. Jávea, a la orilla del mar, alta, arcaica, dorada y antigua. Las gentes sonrien con facilidad, y hablan esa parla alicantina, vieja, dulce, de la montaña.

Los más nobles quehaceres del espíritu buscan el sosiego de estas plazoletas, y costanillas con arcos y escalera, en esta pétreo resonancia de caserones de reja labrada y blasón. Pintura y literatu-